

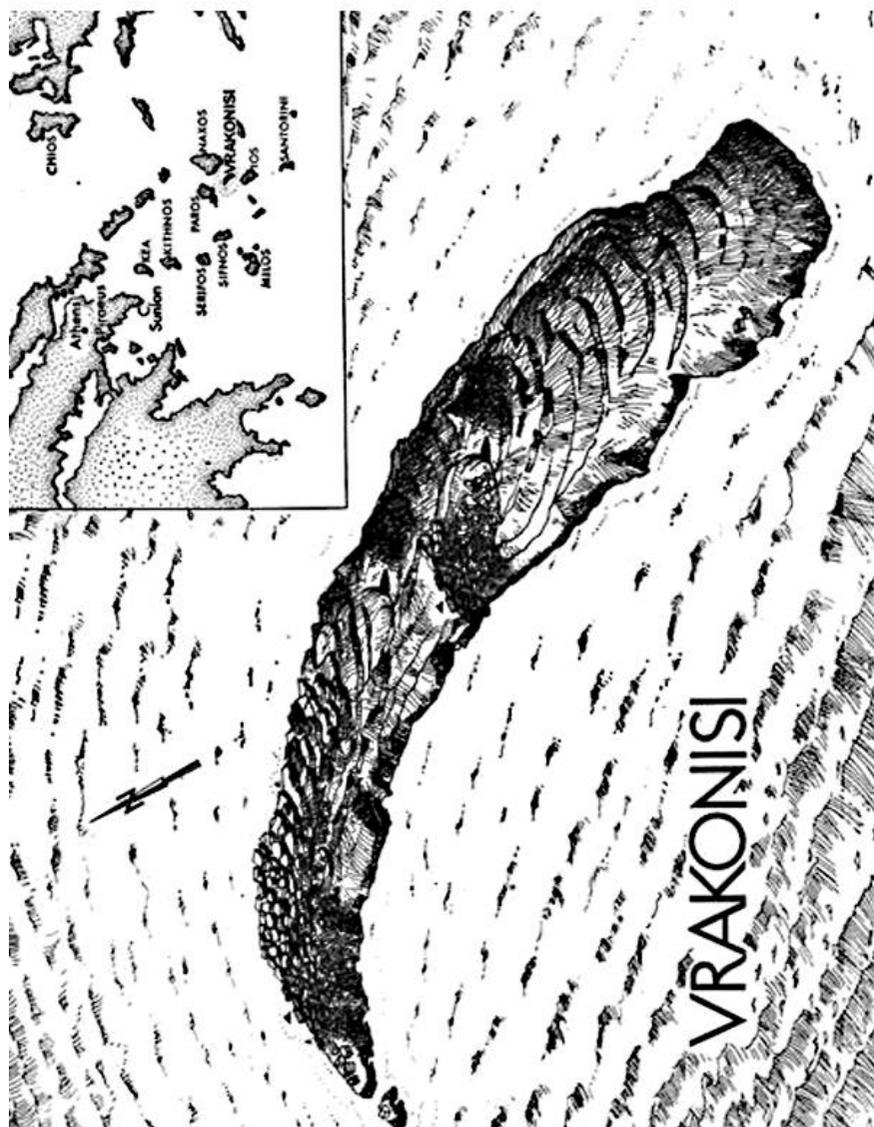
EL CORONEL SUN

UNA AVENTURA DE JAMES BOND

KINGSLEY AMIS



El Coronel Sun intenta sabotear una conferencia de líderes soviéticos, aparentando que la culpa es de los ingleses. ¿Conseguirá Bond impedirlo? Primera novela sobre el agente británico tras el fallecimiento de su creador, Ian Fleming, a cargo de Robert Markham (seudónimo del novelista Kingsley Amis)



007

1

El hombre de los lentes ahumados

James Bond se hallaba en los *tees* centrales del hoyo 18, en la nueva cancha de Sunningdale, disfrutando de la apacible normalidad de una soleada tarde inglesa de principios de septiembre. A su juicio, la vieja cancha, con sus macizos de robles y pinos, ofrecía un paisaje encantador, pero algo en su naturaleza respondía a la austeridad de la nueva: menos arbolada, abierta al cielo, con algunos brezos y pastos aferrados al suelo arenoso y con menos subjetividad, una serie de hoyos aún más dificultosos. Bond se sentía algo satisfecho consigo mismo por haber logrado un cuatro en el sexto, notoriamente laborioso a causa de un codo traicionero, donde el más leve error en el *drive* podía conducir a una trampa de arena y pantanos. Se las había arreglado para franquear más de doscientos veinticinco metros por el centro, golpe que le había exigido un esfuerzo máximo sin que (bendito alivio) sintiera el menor dolor en la región de su abdomen perforado el verano pasado por la bala del «Derringer» de Scaramanga.

Cerca, esperando que el *four* que los precedía siguiera su camino, *green* adelante, se hallaba el adversario de Bond, que era también su mejor amigo en el Servicio Se-

creto; Bill Tanner, jefe de Estado Mayor de M. Observando las sombras en torno a los ojos de Tanner, su palidez casi alarmante, Bond había aprovechado una mañana desusadamente tranquila en el Cuartel General para persuadirlo de la conveniencia de visitar aquel plácido rincón de Surrey. Los dos amigos habían almorzado en «Scott's», en Coventry Street, empezando con una docena de ostras frescas de Whitstable para cada uno y terminando con un sabroso bisté de lomo, todo ello regado con una botella de «Anjou» rosé bien frío. Tal vez no era es el preludeo ideal para una partida de golf; tal vez era algo excesivo. Pero Bond acababa de oír que todo el costado norte de la calle estaba condenado a la demolición, y cada comida parecía una pequeña victoria sobre el nuevo y detestable Londres de cajas de fósforos de acero y cristal, de pasarelas y túneles, del clamor histérico e incesante de los taladros neumáticos.

El último del *four*, seguido por el *caddie*, se puso en marcha. Tanner se acercó a su *trolley* –como tenían que hablar de asuntos de trabajo habían preferido cargar con sus propios palos– y extrajo el nuevo *driver* estilo Ben Hogan que desde hacía semanas se moría por probar. Luego, con su característica deliberación, puso la pelota en su lugar. En este partido no se jugaban más que cinco libras, pero Bill Tanner no era hombre de perseguir ningún objetivo sin empeñar el máximo de sus energías, rasgo que le había convertido en el mejor «número dos» de su profesión.

El sol brillaba. Entre los árboles zumbaban los insectos. La mirada de Bond se apartó de la delgada y atenta figura del jefe de Estado Mayor dirigiéndose hacia el *green*, a cuatrocientos metros de distancia, hacia el antiguo y venerable roble próximo al hoyo 18 de la cancha vieja, hacia la fila inmóvil de coches estacionados. ¿Era correcto llevar esa vida? ¿Una descansada partida de golf con un amigo, para seguir luego hacia Londres por una ruta tranquila

(evitando la transitada M4), cenar solo en su apartamento, jugar unas manos de *piquet* con otro amigo –el agente 016 de la estación B, que habría regresado después de pasar diez días de vacaciones en Berlín Occidental– y acostarse a las once y media? Desde luego, era una rutina más sensata y madura que la cadena de *gin* y tranquilizantes en que estuvo atrapado apenas dos años atrás, antes de su terrible odisea en la URSS y el Japón. Debía felicitarse por haber salido con éxito de esos apuros. Sin embargo...

Con el chasquido de un sable blandiendo el aire, el *driver* de Bill Tanner rasgó el silencio, y la pelota, tras una momentánea ocultación, reapareció describiendo un arco majestuoso, franqueando gallardamente el macizo de pinos que había sido la tumba de tantos *scores* prometedores. Sólo le faltaba un golpe más para ganar.

–Parece que las cinco libras son tuyas, Bill.

–Ya era hora de que te ganase una.

Al avanzar hacia su posición de tiro, Bond pensó que quizás existiera un pecado mayor que el de aburrirse: el de la complacencia, la satisfacción de lo mediocre, la decadencia no reconocida.

)))

El hombre de los lentes demasiado grandes y opacos no tuvo dificultad para identificar a la figura alta que ahora se disponía a sacar la pelota del decimoctavo *tee*. Durante las últimas semanas había practicado lo suficiente como para identificarlo a distancias aún mayores. Y en este momento, su visión era agudizada por la impaciencia.

Si algún socio hubiera observado al hombre de los lentes ahumados y, considerándolo un extraño, se hubiera detenido a ofrecerle ayuda, le habría contestado con un leve acento no británico –sudafricano, tal vez– que no le

hacía falta ayuda alguna. De un momento a otro, habría explicado el extraño, aparecería el señor John Donald, que iba a presentarlo como aspirante a socio (en realidad el señor Donald estaba en París, como se había podido saber unas horas antes gracias a dos oportunas llamadas telefónicas). Pero, a decir verdad, nadie se acercó al hombre de los lentes ahumados; nadie se fijó en él. Lo que no era tan sorprendente, pues largos años de instrucción le habían enseñado a hacerse poco menos que invisible.

El hombre dio unos pasos sobre el césped, examinando, con interés exactamente normal, los deslumbrantes canteros de flores con sus apretadas hileras de crisantemos. Su actitud era de perfecta calma y su rostro por completo inexpresivo, pero su mente era un torbellino. La operación de aquel día había sido preparada tres veces y abandonada otras tantas a última hora. Pero la fecha límite estaba tan próxima que una nueva cancelación podía obligar a descartar todo el plan. Eso le hubiera disgustado grandemente. Deseaba con anhelo que la operación se llevara a cabo, no por ningún elevado móvil idealista o político, sino, simplemente, por orgullo profesional. La empresa acometida, si terminaba bien, quedaría como la más audaz y ambiciosa de toda su vida. Su vinculación con semejante triunfo a buen seguro le reportaría un ascenso. En cambio, si se vinculaba con un fracaso...

El hombre de los lentes ahumados se estremeció, como si el atardecer trajera una súbita ráfaga de aire frío. En seguida recuperó su compostura y recapacitó, objetivamente, sobre la posibilidad de no poder cumplir el plan de operaciones que se había trazado. Ya llevaba un atraso de media hora. Bond y su compañero se habían refocilado con exceso en el restaurante aristocrático. Sería muy de lamentar que volvieran a demorarse bebiendo como esa gente acostumbraba a hacer a aquella hora.

Una rápida mirada le dijo que los dos ingleses habían puesto fin a su infantil diversión y se acercaban al club. El

hombre de los lentes ahumados los miró de reojo al pasar, hasta que desaparecieron, riendo como un par de insensatos. No hubo una nueva demora. Aunque no miraba el reloj desde hacía treinta minutos, sabía la hora con toda exactitud.

Una pausa. Un saludo, interrumpido por unas voces lejanas, el arranque de un motor en el aparcamiento, un *jet* en un distante rincón del cielo. Sonaron las campanas de un reloj. El hombre ejecutó una discreta pantomima, como de quien no puede realmente seguir esperando, y se dirigió con calma hacia la puerta de acceso. Al llegar cerca de la carretera, se quitó los lentes ahumados y los guardó en el bolsillo superior de su traje gris. Sus ojos, de un azul descolorido que desentonaba con su cabello negro, mostraban el controlado desinterés de un francotirador empuñando su rifle.

—¿Te parece que me estoy ablandando, Bill? —le preguntó Bond, veinte minutos después, en el bar.

—¿Todavía te duele haber perdido por dos golpes? — Bill sonrió, pensando en el *put* de cuatro pies que Bond había errado en su último hoyo.

—No es eso, sino... Mira, para empezar, no trabajo lo suficiente. ¿Qué he hecho este año? Un viaje a los Estados Unidos, en una especie de visita de cortesía, y luego aquel miserable fracaso en el Este, en junio.

Bond había sido enviado a Hong Kong para supervisar el traslado al continente de cierto ciudadano chino y algunas inusuales mercancías. El hombre había sido encontrado un par de días más tarde en la zona portuaria, casi decapitado. Pasados otros tres días, memorables apenas por un violento y prolongado tifón, el plan había sido abandonado.

—No fue culpa tuya que nuestro representante enfermara —dijo Tanner, recayendo automáticamente en el dialecto oficial destinado a ser usado en público.

—No —dijo Bond, absorto en la contemplación de su *gin and tonic*—. Pero me estoy dejando esclavizar por los hábitos. Desde mi regreso he estado viniendo aquí tres martes de cada cuatro, llegando a la misma hora, jugando una partida con uno o con otro de los mismos tres amigos, saliendo a las seis y media de la tarde, más o menos, y volviendo a casa para pasar una noche sin sorpresas. Y sin que nada de eso me parezca mal. Un hombre de mi oficio no debe ajustarse a un horario, bien lo sabes.

Es cierto que un agente secreto en misión no debe caer nunca en ninguna clase de rutina que permita a la oposición pronosticar sus movimientos, pero solo más tarde comprendería Tanner el significado de lo que Bond decía en aquel momento.

—No sé exactamente lo que quieres decir, James. Seguramente no te refieres a tu vida en Inglaterra —dijo Tanner con involuntaria ironía.

—Me refería al panorama general. Mi existencia empieza a ajustarse a un molde. Debo encontrar la forma de romperlo.

—Según mi experiencia, ese tipo de sacudimiento viene por sí solo, cuando llega el momento. No tienes que hacer nada para provocarlo.

—¿Hablas del destino o algo por el estilo?

—Llámalo como quieras —contestó Tanner, encogiéndose de hombros.

Por un instante, se produjo un raro silencio entre los dos. Luego Tanner miró el reloj, vació su vaso y dijo, con tono decidido.

—Bien, supongo que desearás ponerte en marcha.

A punto de acceder, Bond se detuvo.

—Al diablo con todo —dijo—. Si voy a desorganizarme, mejor que empiece ahora mismo. Sirve otra ronda, Dot.

—¿No se te hará tarde para ver a M? —preguntó Tanner.

—Pues tendrá que armarse de paciencia. Cena a las ocho y cuarto, y media hora de su compañía es más que

suficiente en estos días.

—Bien lo sé —dijo Tanner, con cierto retintín—. Ni siquiera puedo acercarme a él en la oficina. Ahora hacemos la mayoría de nuestras intrigas por medio del *intercom*, lo que me viene muy bien. Basta con que yo diga que me parece que va a llover para que me acuse a gritos de actuar como una vieja aprensiva.

Era una imitación a lo vivo y Bond la festejó, pero se puso serio para decir:

—Es lo más natural del mundo. Los marinos detestan estar enfermos.

El invierno anterior M había sido atacado por una tos persistente que se había negado a tratar, alegando con obstinación que desaparecería con el buen tiempo. Pero la primavera y el comienzo del verano habían sido húmedos y cálidos, y la tos aún no cedía. Una mañana de julio, Miss Money Penny había llevado una carpeta de correspondencia a la oficina de M, y lo había encontrado de bruces sobre su escritorio, semiinconsciente, con el rostro gris y respirando con gran esfuerzo. Llamó a Bond y, ante la insistencia del médico del departamento, M se vio llevado poco menos que a la fuerza hasta su viejo «Silver Wraith Rolls» y acompañado hasta su casa. Después de tres semanas en cama, bajo la devota atención del ex suboficial Hammond y su esposa, M estaba casi recuperado de su congestión bronquial, pero su temperamento —como Bond había tenido sobradas oportunidades de comprobar durante sus periódicas visitas— parecía que iba a necesitar más tiempo para sanar... Desde entonces, Bond se había acostumbrado a interrumpir su viaje semanal de regreso de Sunningdale para hacer una visita a Quarterdeck, la hermosa residencia campestre estilo regencia situada frente al Parque Windsor. Lo hacía con el propósito ostensible de hablar informalmente de asuntos del Servicio, pero en realidad se trataba de vigilar la salud de M, conversar a escondidas con los Hammond y averiguar si el

viejo cumplía las órdenes del médico, descansaba y, sobre todo, se privaba de su pipa y de su diario par de venenosos toscanos negros. Cuando surgió la primera de esas visitas había esperado una característica explosión de mal humor, pero M se limitó a gruñir y dar su consentimiento, no de muy buena gana. Bond sospechaba que se sentía relativamente aislado del mundo, al verse condenado, entre otras cosas, a trabajar solo tres días por semana (el médico había logrado esa concesión después de amenazarlo con tres días de vacaciones, si no aceptaba).

—¿Por qué no vienes tú también, Bill? —dijo Bond—. Después puedo llevarte hasta Londres.

—Creo que no puedo, James —contestó Tanner, tras una breve vacilación—. Te lo agradezco igual. Esta noche se espera una llamada importante de la Estación L y me gustaría recibirla personalmente.

—¿Para qué está entonces el oficial de guardia? Ya estás haciendo el trabajo de dos hombres.

—Bueno, no es eso solamente... Voy a saltarme esta visita a M. Hay algo en su casa que me da escalofríos.

Un cuarto de hora más tarde, después de dejar al jefe de Estado Mayor en la estación de ferrocarril, Bond enfiló el largo capot de su «Continental Bentley» por la carretera. A diez minutos de viaje sereno y apacible por caminatas serpenteantes estaba Quarterdeck.

El hombre que antes vigilara a Bond ocupaba un «Ford Zephyr» robado, estacionado discretamente a cincuenta metros del acceso. Ahora pronunció una sola palabra en su transreceptor «Hitachi» de transistores. A casi seis kilómetros y medio de distancia, otro hombre contestó con un monosílabo, apagó su propio aparato y salió con sus dos compañeros de la espesura del bosque donde todos habían estado ocultos durante dos horas.

El ocupante del «Zephyr» permaneció inmóvil un minuto más. Por naturaleza, evitaba los movimientos inútiles, aun en momentos de tensión como aquel. El horario de la

operación llevaba ya un retraso de cincuenta minutos. Otra demora importante acarrearía no sólo la cancelación sino el desastre, porque la medida que su señal de radio había iniciado era tan irreversible como violenta. Pero no habría más demoras; su experiencia se lo decía.

Al cabo de un minuto, calculado después de investigar cuidadosamente el intervalo óptimo para seguir al «Bentley», puso al «Zephyr» en marcha y se dirigió al acceso.

Bond cruzó la frontera del condado para entrar en Berkshire y siguió su marcha sin prisa a través de la fea erupción de viviendas modernas; deslucidas villas imitación Tudor, *bungalows* y casas de dos pisos afligidas por una insensata mescolanza de madera, ladrillo y mosaico en la fachada de cada una y la inevitable antena de TV injertada en cada techo. Después de atravesar el pueblecito de Silwood, esos signos de opulencia quedaron atrás y el «Bentley» empezó a deslizarse entre bosques de pinos. Pronto aparecieron verdes tierras labriegas a su izquierda, mientras el bosque mantenía sus posiciones a la derecha. Lugares como aquel perdurarían como monumentos a la memoria de lo que había sido Inglaterra. Como para contradecir esta idea, frente a él apareció un «Trident» de la «BEA», recién despegado del aeropuerto de Londres, repleto de turistas que iba a divulgar la cultura de la clase media inglesa en las playas españolas, en la encantadora provincia portuguesa de Algarve y quizás, ahora que los planes de promoción se tornaban cada vez más ambiciosos, hasta en Marruecos. Pero no era elegante mostrarse resentido por todo lo que permitía la elevación del nivel general de ingresos. «Olvidalo. Concéntrate en animar a M. Y en la partida de *piquet* de esta noche. O cambia de planes. Una llamada de teléfono y una salida en dos parejas. Líbrate de la rutina».

Estos pensamientos se agolpaban en el cerebro de Bond mientras cumplía casi mecánicamente las pequeñas maniobras del buen conductor, sin olvidar una ojeada

ocasional al espejo retrovisor. La imagen del «Zephyr» no apareció en él ni una sola vez. Pero aunque hubiera aparecido, Bond no habría reparado en ella. Nunca había visto el coche y no habría reconocido a su conductor aunque lo pusieran frente a él. A pesar de que había estado estrechamente vigilado durante seis semanas, Bond no había notado nada fuera de lo común. Cuando un agente secreto no está en misión en el extranjero, no espera que lo vigilen. Además, es mucho más fácil vigilar a un hombre que cumple un horario y tiene un domicilio y un lugar de trabajo fijos. Por eso no fue necesario establecer una vigilancia especial frente al aparcamiento de Bond cerca de King's Road ni seguirlo desde allí hasta la sede del Servicio en Regent's Park. Lo que era más importante, la operación que le concernía era considerada de la más alta prioridad por quienes la planearon. Esto significaba un presupuesto generoso, lo que, a su vez, significaba que podía emplearse a un número de agentes mayor que el acostumbrado. Y eso demostraba que los encargados de vigilar y de seguir podían ser intercambiados con frecuencia, antes de que ninguno de ellos pudiera llamar la atención y dar la alarma en el sistema casi subconsciente que años de trabajo secreto habían elaborado en la mente de Bond.

El «Bentley» entró en el camino de Windsor a Bagshot. Por la izquierda aparecieron los conocidos puntos de referencia: la taberna de la «Ardilla», el establo de caballos árabes, la fábrica de hilados «Lurex» (que solía ser el foco de la indignación de M) y ahora, a la derecha, el modesto portal de piedra de Quarterdeck, luego el corto y bien mantenido cubo de piedra de Bath, de un gris levemente verdoso, resplandeciente bajo el sol de la tarde, sombreado en parte por los pinos, olmos, abedules plateados y robles jóvenes que lo rodeaban por tres de sus costados. Una antigua wistaria^[1] se elevaba hasta el balcón del primer piso, al que daba las ventanas del dormitorio de M. Al cerrar la portezuela del coche y avanzar hacia la puerta de

entrada. Bond creyó advertir un movimiento detrás de las ventanas. La señora Hammond, sin duda, arreglando la casa.

Movida por la mano de Bond, la colgante campana de bronce de un barco de línea desaparecido mucho tiempo atrás sonó con estridencia en la quietud de la tarde. Siguió un silencio no quebrantado por la menor ráfaga de aire en las copas de los árboles. Bond se imaginó a la señora Hammond todavía ocupada en el primer piso y a Hammond llevando a M una botella de su favorito vino de Argelia desde la bodega. La puerta de entrada de Quarterdeck no se atrancaba nunca desde la salida hasta la puesta del sol. Cedió inmediatamente al toque de Bond.

Toda casa tiene su propio rumor de fondo, normalmente imperceptible, compuesto de voces distantes, pisadas, ruidos de la cocina, el ir y venir silencioso de seres humanos. James Bond no había franqueado aún el umbral cuando sus sentidos le indicaron la falta de ese rumor. Súbitamente tenso, abrió de un empujón la puerta de caoba española maciza del estudio donde M habitualmente recibía visitas.

El cuarto vacío contempló fúnebremente a Bond. Como siempre, todo estaba meticulosamente puesto en su lugar, las lámparas navales ostentaban una perfecta horizontalidad en las paredes y los materiales de acuarela se hallaban dispuestos sobre la mesa de pintura junto a la ventana. Todo ello tenía un extraño aire artificial y ajeno, como un cuarto de un museo donde los muebles y los efectos de un personaje histórico se conservan como cuando su dueño estaba vivo.

Antes de que Bond pudiera hacer otra cosa que mirar, escuchar y preguntarse que había ocurrido, la puerta del comedor, al otro lado del vestíbulo, se abrió bruscamente y dio a un hombre. Apuntando con un revolver automático de cañón largo a las rodillas de Bond, dijo con voz clara:

–Quédese quieto, Bond. No haga ningún movimiento súbito. Si lo hace, lo dejaré tullido.